

Carlota y El Marchante



“Si yo tuviera tu fe, entonces con mucho gusto, pero yo nací escéptico. No puedo creer que hay un Dios, tampoco que hay otra vida después de esta”. Así dijo Jorge Marroquín mientras paseaba con su amigo Pedro García, tratándose de defender de la lluvia con el mismo paraguas de su amigo. Jorge hace treinta años testificaba ser incrédulo y los mismos años le habían endurecido aún más en su incredulidad. Casi todos le tuvieron por caso perdido. Las razones mejores presentadas con calma, ni habían logrado hacer impresión en el terreno pedregoso de su corazón y el estado de Jorge había llegado a ser muy triste, sí, muy triste.

Un solo amigo, Pedro García, no le había dado por perdido. Cada vez que hablaba acerca de Jorge, declaraba: “Le voy a seguir hablando y voy a orar por él hasta que yo muera y voy a tener fe de que algún día Jorge saldrá de sus tinieblas a la luz maravillosa”. Así sucedió que cada vez que los dos hombres se encontraron, Pedro siempre le hablaba y esa noche Pedro le había dicho: “Dios puede cambiar a un escéptico. Él tiene más poder sobre tu corazón que lo que tu imagines y yo propongo siempre orar por ti”.

“Yo no me opongo. Ver es creer. Eso tú lo sabes. Y yo acepto cualquier milagro pero te digo que ninguna cosa menos que un puro milagro me convencerá. Pero dejemos de hablar de eso. Yo tengo hambre y es muy lejos para irnos a cenar al Centro en una noche tan mala. Aquí no más un buen comedor. Cenemos aquí”.

El amplio salón ofreció abrigo de la inclemencia de la noche lluviosa y los dos hombres comieron con ganas. Al terminar la comida, precisamente en el momento en que se levantaban de la mesa, oyeron una música suave y dulce que entraba por la puerta media abierta. Era la voz dulce de una niña.

“¡Qué bonito!” dijo Jorge. “Estas notitas son de pureza y dulzura”.

“¡Sal de aquí, Patoja!” gritó una voz áspera. Era la voz de uno de los camareros que con enojo señalaba a la puerta.

“Déjela entrar”, dijo Jorge.

“A ellos no les es permitido entrar en este lugar,” dijo el camarero. “Ella puede entrar en el otro salón”.

“Pues de todos modos, déjele entrar en alguna parte. Yo quiero oírla”, contestó Jorge. Los dos hombres contemplaban a una persona pequeña cual sombra que se movía sobre el umbral de la puerta. Acercándola, notaron que era una niña envuelta en una frazada remendada. Ella llevaba un gorrita remendada y sus zapatos viejos y rotos destilaban agua y dejaban charcos en el piso. Jorge quería verla de cerca y así la invitó a un rinconcito y le dijo que cantara. Tímidamente, miró el rostro de sus dos oyentes, pero cobrando valor hizo atrás su gorrita, destapando un rostro delgadísimo con sus ojos negros cuyas súplicas suaves y tiernitas tocarían hasta el corazón más duro.

“Pobrecita. Creo que está enferma”, dijo Jorge con compasión. “¿Qué puedes cantar, Hijita?” él agregó.

“Yo canto italiano y un poquito de inglés”.

Jorge se quedó mirando sus zapatos, “Pobrecita,” él dijo con labios que temblaban. “Sus piecitos estaban mojados hasta sus tobillos. Va a pescar un buen catarro”. Ahora la niña había principiado a cantar, nuevamente haciendo atrás su gorrita y cruzándose las manos en frente de su cuerpecito delgadísimo. Su voz era admirable y a pesar de la sencillez de las palabras y de la melodía de su cantito, la vocecita patética atrojo a varios de los marchantes al salón donde estaban reunidos. El cantito comenzó así:

Hay un mundo feliz, muy feliz
Más allá, más allá.

Jamás sería posible olvidar la vocecita de la muchacha. Casi sentían sus oyentes que un halo rodeaba su cabeza y cuando terminó su primer canto sus ojos se voltearon hacia Jorge.

“Mira, Chulita; ¿dónde aprendiste aquel canto?” él preguntó.

“En la escuela dominical, Señor”.

“¿Y tú crees que tal lugar existe?”

“Yo sé que existe; y yo voy a cantar allá,” ella contestó tan luego y con tanta afirmación que los hombres se quedaron mirándose, admirados.

“¿Vas a cantar allá, no?”

“Cómo no Señor. Así me contó mi mamá. Antes me cantaba a mí hasta ponerse muy enferma. Entonces me contó que no iba a cantar más en la tierra sino allá en los cielos”.

“Bien - ¿y de allí?”

“Entonces ella murió, Señor” dijo la niña con lágrimas que corrían de sus mejillas. Jorge se quedó silencioso por unos momentos, entonces dijo: “Pues si ella murió, tú Chulita, puedes vivir. Tú lo sabes”.

“Oh, no, Señor”. Yo prefiero ir allá para estar con Mamá. A veces siento un dolor muy fuerte en mi pecho y toso como ella. No habrá dolor allá, Señor; es un mundo bello”.

“Pero, ¿cómo los sabes?” preguntó con voz titubeante de escéptico.

“Mi mamá me lo contó, Señor.”

¡Qué palabras más impresionantes! ¡Qué manera más sencilla pero a la vez más prudente!

Jorge Marroquín había tenido una madre que oraba. Su corazón palpitaba fuerte en su pecho y sollozos lucharon por salir de su boca. Los grandes ojos suaves y lustrosos, como imanes, le obligaban a Jorge mirarlos.

“Hijita, tú tienes que tener un nuevo par de zapatos”. La voz de Jorge era suave y compasiva. Las manos de los demás marchantes se metieron en sus bolsas, las carteras se abrieron y la niña asombrada tenía en su manita más dinero que ella jamás había visto.

“Su pobre padre es un organillero tísico,” dijo uno con voz queda. “Supongo que está demasiado enfermo para salir a tocar en noches como ésta”.

Por la calle lodosa y llena de charcos caminaba la niña bajo la protección de Jorge Marroquín. Sus nuevos zapatos no chuparon el agua. Juntos los dos se dirigieron a través de los callejones de la gran ciudad, la manita fría de la niña agarrada por la mano de su nuevo amigo. Delante de una puerta abierta, se detuvieron y por una escalera vieja y crujiente subieron al segundo nivel. Una puerta se abrió y de la oscuridad se oyó una voz débil que decía: “¿Carlota?”

“¡Oh, Papá, Papá, mira lo que traigo! ¡Mírame! ¡Mírame!” Y con gran gozo la niña dejando caer la plata en la mano del enfermo y llorando y riéndose a la vez, se echó en los brazos de su padre.

¿Era hombre ese ser con rostro cetrino, pelo negro y largo sin peinarse, con ojos desorbitados, cuerpo encorvado y manos como garras?

“¿Le dio todo eso, mi Hijita?”

“Entre todos, Papá; ya tú puedes tener sopa y naranjas”.

“Muchas gracias, Señor. Yo estoy enfermo como usted ve. He perdido todo, Señor. Tuve que enviar a mi pobre hijita a pedir limosna para evitar que muriésemos de hambre. Si tuviera fuerzas, le tocaría una música”, dijo mirando hacia el rincón del cuarto donde estaba el viejito organillo tapado con un paño negro y andrajoso.

Un mes después Jorge y Pedro, como si fuera por cita, se encontraron de nuevo en la calle y juntos paseaban por el Centro, cruzando muchos callejones llegando por fin al edificio triste donde vivía el padre de Carlota.

¡Donde había vivido! Pero ya no vivía allí, porque mientras se detuvieron un momento, unos hombres salieron llevando un cajón largo de pino y en ese cajón reposaba el cuerpo del ancianito organillero.

“Todo sucedió tan de repente, Señor”, les contó una mujer que reconoció al benefactor. “Ayer la muchachita se enfermó de repente y aparentemente el ancianito no pudo resistir el golpe. Él murió a las 6:00 anoche”.

Silenciosamente los dos hombres subieron las gradas. En el segundo nivel entraron al cuarto vacío de todo menos una camita, una silla y la enfermera conseguida por Jorge Marroquín. En la cama se recostaba la niña con rostro, no blanco, sino pálido como el mismo mármol.

“Hola, mi Hijita. ¿Te sientes mejor?”

“Oh no, Señor. Papá ya se fue allá y yo también me voy”.

“¿Te vas allá, no?” dijo Jorge e inconscientemente voltio su rostro hacia su amigo. El amigo se dirigió de nuevo a la niña. “¿Tú has oído contar de Jesús?”

“Cómo no”.

“¿Sabes quién era?”

Mi buen Jesús”, susurró la niña.

“Pedro, siento que mi corazón se deshace”, dijo Jorge acercando su pañuelo a sus ojos.

“No llore, no llore. Yo no puedo llorar; yo estoy muy alegre”, dijo la niña exultándose.

“¿Por qué estás alegre, mi Querida?” preguntó Pedro.

“Voy a salir de este lugar” ella afirmó confiadamente. “Acostumbrábamos sentir frío en el invierno porque a veces no había fuego en la chimenea; pero Mamá me abrazaba y me calentaba con su persona y me contaba de los cielos. Mamá siempre me decía que no tuviera pena, y decía si yo fuera de Él, el Salvador me amaría y algún día me daría mejor hogar, y así yo me di a Él, porque yo deseaba mejor casa. ¡Oh, yo cantaré allá y estaré tan feliz!”

Con un pequeño suspiro la niña cerró los ojos.

“Jorge, ¿la fe y la esperanza no son nada?” preguntó Pedro.

“No me hables, Pedro; por ser como aquella niña yo daría todo lo que tengo”.

“Ser como ella no te cuesta nada, solamente tu voluntad obstinada, tus dudas escépticas, y tu corazón que jamás conocerá reposo hasta echarte a los pies de Cristo”.

No hubo respuesta. De repente las manitas de la niña se movieron, los bracitos se levantaron y los ojos se abrieron. A pesar de ser vidriosos, se voltearon hacia arriba.

“¡Mire!” ella gritó. “¡Oh! ¡Allí está Mamá! ¡Y los ángeles y todos están cantando!” Su voz faltó pero una brillantez celestial quedó en su rostro.

“Sin duda alguna estamos presenciando el triunfo final de una alma”, dijo Pedro quedamente.

“¡Qué maravilloso!” contestó Jorge mirando, tanto con admiración como con ternura. “¿Ya se fue?” Con un salto se levantó de su silla como si fuera para detenerla; pero el pecho y su frente ahora eran de mármol y los ojos habían perdido el fuego de vida; había muerto mientras les miraba.

“Siempre era muy amable,” dijo la enfermera.

Jorge Marroquín se quedó hechizado. Volvió en sí al sentir una mano que cayó sobre su brazo.

“Jorge, ¿no quieres que oremos?”

Durante un momento no había respuesta – entonces brotaron lágrimas; el cuerpo entero del escéptico sojuzgado, se estremeció y Jorge dijo casi exclamando: “¡Sí, ore, ore!”

Del lado de la niña muerta súplicas agonizantes ascendieron al trono de Dios, y la oración fue contestada. Un milagro se realizó – el león se volvió corderito – un incrédulo se convirtió en creyente – un escéptico se convirtió en cristiano.

Del: The Immanuel Missionary

De un tratado proporcionado por Ruth McVey